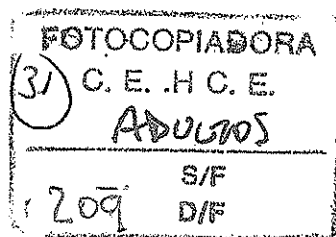


En estas condiciones, ¿qué sería la interpretación de la transferencia? Si se sostiene que la interpretación debe referirse a la causa del deseo más que a la causa de la transferencia, parece claro en este ejemplo que un señalamiento acerca de la infancia de C. y su modo de acceso al objeto fálico estaría mejor orientado.

El pseudo objeto del amor, el médico, no cumple por el contrario ninguna de estas condiciones: encarnación de la ausencia del objeto fálico, tanto por ser quien priva de este objeto, como por la castración que revela como Otro del deber, no llama de ninguna manera a la interpretación.

Traducción de Susana Elkin y Marcelo Sztrum

- 1 Jacques Lacan, El Seminario, *Ornicar?* 17/18, Navarin éditeur, Paris, Pág. 11.
- 2 Jacques Lacan, "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo", en *Escritos I*, México, Siglo XXI, 1975.
- 3 Jacques Lacan, *Radiofonía y Televisión*, Barcelona, Anagrama, 1978.



LA TRANSFERENCIA LATERAL (DEL AMOR AL DESEO)

Diana S. Rabinovich

2

Quisiera referirme hoy a una cura analítica cuyo eje fue una historia de amor. Amor que no transitó por el camino de la transferencia tal como se lo entiende tradicionalmente —su objeto no era el analista— pero que, siguiendo la más clásica definición freudiana, fue a la vez motor y obstáculo del tratamiento. Problema a menudo debatido entre analistas el de cómo dar su estatuto a este amor: ¿acting-out?, ¿falla en el establecimiento de la transferencia? Su nombre, según la tradición, es transferencia lateral.

Un comentario de Lacan puede orientarnos y permitir un enfoque de esta cuestión que no quede encerrado en una estrecha concepción de la transferencia como *hic et nunc* de la relación imaginaria con el analista. En "Subversión del sujeto...", aludiendo a la indicación de Sócrates a Alcibíades cuando le señala que Agatón es su objeto de deseo, leemos "(...) no vacila en mostrarlo como objeto de la transferencia, sacando a la luz de una interpretación *el hecho que muchos analistas ignoran todavía: el efecto amor-odio en la situación analítica se encuentra fuera.*"¹ (La bastardilla es nuestra).

Hecho aún ignorado por muchos, hecho que cuestiona la forma estereotipada en la que se trabaja con ese efecto amor-odio, reducido a lo imaginario de la situación dual y a un desconocimiento de la estructura que determina la transferencia.

Una mujer joven recurre al análisis porque debe tomar una decisión: separarse o no. Casada desde hace varios años, madre de dos hijos, el encuentro casual con un antiguo novio de la adolescencia, con el que vive un apasionado romance, conmueve su vida. desenca-

dena la angustia y la precipita en análisis. El azar mismo del encuentro lo inscribe para ella en esa dimensión de la tyché, de un imposible que quizá se vuelva posible... Basta recordar la importancia que da Lacan en su Seminario a la función del encuentro en la neurosis.

Sin embargo, desde siempre dice, sufre crisis de angustia; describe sus "limitaciones", su "impotencia" que asoman cada vez que en sus actividades, ya sean éstas profesionales, económicas, sentimentales o estrictamente cotidianas, cierto límite, cierto umbral, está a punto de ser atravesado:

Desde las primeras entrevistas, el galán de esta historia es el tema central de su discurso. De igual profesión que la paciente, la ejerce emperó en forma ambulante; es decir, viaja por todo el mundo. Verdadero caballero andante y errante, cuyo corcel es un jet. Lo pinta así: inteligente, culto, buen mozo, refinado, miembro de una de esas familias que en nuestra América se denominan "oligárquicas". Versión obviamente idealizada, que cuadra con la descripción freudiana del enamoramiento, absurda e irreal, produce, indicando así la presencia de la significación fálica, un efecto cómico.

Frente a este hombre maravilloso, encarnación del agalma cuyo brillo fascina, nuestra heroína —pues así se designa ella en su discurso— se siente en falta, lo ama con lo que no tiene, precisamente. Objeto absoluto, modelo del hombre dueño de sí, dueño del saber sobre el goce y la vida, es la excepción que hace creer en un más allá del semblante. Su figura se inscribe en ese fantasma femenino que es el Don Juan según Lacan.

Su demanda analítica se presenta en un punto claramente articulada y puede resumirse en una palabra: ¡Mejóreme! Palabra ambigua, pedido de que alivie su angustia creciente —sabemos que ella es señal de la aparición del *a* en el horizonte— y a la vez pedido de que el análisis la haga mejor, más amable, digna del deseo del amado.

¿Y el odio? También él encuentra su objeto fuera, concentrándose en el marido. La relación pasional con los dos hombres ocupará largo tiempo gran parte del análisis. Las sesiones girarán en torno del amor al uno y el odio al otro en forma monótona y estereotipada, entorpeciendo el trabajo de asociación libre.

Esta transferencia lateral entonces, debería ser reducida según prescribe la tradición, a la relación con la analista. Su raíz obviamente narcisista denunciada e interpretada, pues la función de ideal del

yo del galán es transparente. La tentación es pues desidealizar, contrastar el objeto ideal con su insignificante realidad, reducir esta transferencia lateral a una distorsión de la realidad cuya nueva medida da el analista. Esta vía implica olvidar que la realidad se sostiene en el fantasma, y que el objeto en juego en él sostiene finalmente este amor, más allá de las galas narcisistas. No obstante, la pregunta que este amor, tan engañoso como cualquiera, abre, es la pregunta acerca del *a* incluido en el matema de *i* (*a*), es una pregunta acerca de la causa del deseo que la conmueve y angustia.

En *Aun*, Lacan señala que el amor es una pasión que puede ser ignorancia del deseo, y ésta es su función en la cura. El nombre del caballero se situaba en el contexto de una tradición romántica que había apasionado a mi paciente en la pubertad, tradición donde el carácter errante de los héroes era un rasgo esencial. La suposición del saber se encarnaba en él, en su errancia misma.

Pese a todo, algunos elementos emergen. La posición del padre, de origen más humilde que la madre, timorato y débil, criticado por ésta, cuyas ambiciones, sobre todo sociales, estaban frustradas. Poco a poco el caballero se demuestra relacionado con el ideal materno, lo cual para nada conmueve la fuerza de este amor.

La relación sufre las interrupciones que le imponen los viajes del caballero. Durante esas ausencias mi paciente se sume en largas ensueños que tienen a este personaje como eje, descuidando sus obligaciones familiares y laborales. Sufre en estos periodos lo que llama "ataques de comiditis". Come compulsivamente ciertos dulces y esa otra forma de "dulces" que son las novelas rosas y cierto tipo de novelas de misterio, que ciertamente no eran de la serie negra.

Se sume en un estado particular que caracteriza como "pasividad", "inercia". Permanece en cama largas horas, embotada, leyendo y comiendo, angustiada, pero sin poder interrumpir esta actividad. En cuanto vuelve el caballero esta actividad desaparece, a veces basta sencillamente un llamado telefónico. Estas circunstancias, señala, "la despiertan" y la readquisición de las relaciones sexuales "maravillosas" hace desaparecer la "comiditis".*

* "Le gusta el dulce" se dice en ciertas áreas hispanohablantes de las mujeres ardientes sexualmente y también de quienes aman ser aiabados.

Surge de este modo una dimensión de goce autoerótico frente a la ausencia del objeto de amor, goce que adquiere características compulsivas y que la paciente recuerda como una actividad que se inicia en la época de la latencia.

La irrupción de este goce se acompaña de un vuelco en la transferencia. La demanda al Otro que estructura el objeto oral irrumpe en el análisis. Comienza a pedirme: sesiones, consejos, algo, cualquier cosa. Me reclama mi indiferencia, mi silencio. Estoy obligada a hacer algo por ella, su pasividad es un llamado a la actividad del otro, otro que no responde tan sólo por capricho; es activamente pasiva y el succionarse de la pulsión oral se hace presente, mostrando la ganancia de goce en juego.

Un lapsus clave se produce: en lugar de "comiditis" dice "comoditis". Sus "limitaciones", su "inercia" se articulan con lo "dulce", con recibir, con ser una boca abierta insaciable. Entre ambos un punto en común "no moverse", esperar del Otro que goza supuestamente en su función dadora. A menudo se le reprocha su "infantilismo", su "egoísmo", su demanda permanente. Abraham ya había señalado la articulación de estos rasgos de carácter con la oralidad. Entre cómoda y comida se constituye un axioma posible de su fantasma "se le dan dulces a una niña". Los dulces se inscriben en toda su polisemia y se despliegan en escenarios variados: las novelas rosas, el romanticismo, el comer; y los sabores preferidos, los elogios, la sexualidad, la dulzura de carácter, nos remiten a la escena del Otro, donde el abuelo materno, verdadero portador del falo para su madre, confitero de profesión, sostiene a las mujeres con sus "dulces".

Punto más allá del Ideal donde "como objeto del deseo, como lo que ha sido para el Otro en su erección como viviente, como el wanted o unwanted de su venida al mundo...". el sujeto debe aparecer para "saber si quiere lo que desea".

Desear al Otro no es sino desear el *a*, nos enseña Lacan. También nos dice que el amor consiste precisamente en transformar la contingencia de todo encuentro en una necesidad, hacer pasar lo que cesa de no escribirse a lo que no cesa de escribirse. El amor por el caballero tenía precisamente este carácter de necesidad, no cesaba de escribirse. Dijimos antes que el objeto de este amor se presentaba

como el *agalma*. Recordemos que éste es la inclusión del $-\varphi$ en el *a*, que es el $-\varphi$ el que le da al objeto su brillo.

La transferencia lateral sólo cedió cuando la premisa que la sostenía, encubrir la castración del Otro mediante la transformación de la contingencia en necesidad, fue conmovida gracias al rechazo de la Demanda.

En este caso puede decirse que la operación de la castración consistió precisamente en este pasar del no cesa de escribirse, al cesa de no escribirse. Su consecuencia, tal como lo señaló J.-A. Miller, es la disyunción de ambos elementos del *agalma*³.

Perdido el brillo fálico, la causa del deseo ocupa su lugar, el *a* oral, y desnuda la función central del deseo del Otro.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. J. Lacan: *Escritos*, t. I, pág. 337, México, Siglo XXI.
2. J. Lacan: *Escritos*, t. II, pág. 304, México, Siglo XXI.
3. J. -A. Miller: Curso 1982-83, "Symptôme y Fantasma", inédito.

FOTOCOPIADORA

31) C. E. H. C. E.

S/F
Folio 74 D/F